

I

Entonces me quité la ropa, la dejé al pie de un almez junto a la piedra del loco y antes de meterme en el agua miré muy bien el color que el cielo dejaba en ella y dentro toda la luz del sol era ya distinta porque había empezado la primavera que volvía a nacer después de haber vivido debajo de la tierra y dentro de las ramas... Me metí en el agua muy despacio y sin atreverme a respirar porque siempre, cuando me metía en el mundo del agua, me daba miedo que el aire, al vaciarse del estorbo que era yo, se enfureciese y, transformado en viento, soplara tan fuerte como soplaban en invierno, que casi se llevaba por delante las casas, los árboles y la gente. Había buscado la parte más ancha del río, la que estaba más lejos del pueblo y a la que casi nunca iba nadie porque no quería que me viesen. El agua pasaba segura de sí misma, de

aquel peso que le llegaba de las montañas, de la nieve y de los manantiales que huían de la oscuridad a través de un agujero en la roca. Y toda el agua que se juntaba por las ganas de juntarse caminaba sin parar con tierra a cada lado. En cuanto dejé atrás los establos y la cerca de los caballos me di cuenta de que me perseguía una abeja junto con el hedor del estiércol y el aroma a miel de las glicinas que ya habían empezado a florecer. El agua estaba fría y yo la cortaba con los brazos y la removía con los pies y cada tanto me la bebía, agua blanca de invierno rociada por el sol que salía más allá de las Piedras Altas con ganas de volar. Me zambullí para que la abeja si me seguía se perdiera y, engañada, no supiese qué hacer. Yo sabía que hay abejas viejas de siete años tozudas y con entendimiento. Dentro todo estaba turbio: una nube de cristal, y pensé en las bolas de cristal de los patios entre las enramadas de glicina fuerte, aquellas glicinas que con los años arrastraban hacia arriba las casas del pueblo.

Las casas del pueblo eran todas de color de rosa. Las pintábamos en primavera y tal vez por eso la luz era distinta: porque cogía el rosa de las casas igual que en la orilla del río todo cogía el color de las hojas y del sol. En invierno, encerrados, hacíamos pinceles con colas de caballo, con mangos de madera y alambre, y cuando los teníamos hechos los guardábamos en el cobertizo de la Plaza hasta que llegaba el buen tiempo, y entonces íbamos todos, hombres y niños, a la cueva de la Maraldina, a buscar el polvo rojo para hacer la pintura rosa: en la montaña cubierta de brezo, con el árbol muerto al final y con el viento entre los matorrales.

Bajábamos a la cueva por una cuerda de nudos sujeta a una estaca. El hombre que iba delante llevaba un farol. Bajábamos por el pozo húmedo y negro con vetas que brillaban si hacía sol y que de vez en cuando se apagaban porque más adentro, al hacerse oscuro, la oscuridad se las iba comiendo. Y por el pozo entrábamos en la cueva, roja y blanda como la boca de un enfermo. Llenábamos los sacos de polvo y los atábamos bien y los que se habían quedado arriba los izaban y los iban amontonando. Cuando volvíamos al pueblo mezclábamos el polvo con agua y hacíamos la pintura rosa que el invierno borraba. Y en primavera, cuando florecían las glicinas y las abejas iban de un lado a otro, cuando las glicinas en flor cubrían las casas, pintábamos y enseguida la luz era diferente.

Salíamos al morir la noche y siempre había mucho viento en la montaña de la Maraldina; nos costaba subir. Entrábamos en la cueva del pozo y salíamos cargados con los sacos como si fuésemos hormigas y descendíamos por la montaña y desde la ladera veíamos los caballos en el prado. Los caballos solo eran para comer. Nos los comíamos asados al fuego de leña, sobre todo en las fiestas de los entierros. Y por la manera en que mataban a los caballos los hombres del matadero mandados por el hombre de la sangre, que solo servían para matar caballos porque se habían hecho viejos y no servían para nada más, ya no quedaba ni una gota de sangre dentro y la carne sabía muy fuerte a nada y a astillas. Mientras bajábamos de la Maraldina con los sacos al hombro, el viento, que nos había empujado hacia abajo cuando subíamos, ahora nos empujaba hacia

arriba. Tanto si subíamos como si bajábamos siempre nos empujaba como si nos pusiera sus grandes manos sobre el pecho. Y los viejos contaban que el viento de la Maraldina, agachado entre los matorrales cuando no había nadie, iba cargado de almas que rondaban por la montaña solo para hacerlo más fuerte cuando llegaba la hora de subir a buscar el polvo, para hacernos más pesada la faena y para decirnos que más valdría que no hiciésemos lo que estábamos haciendo porque no servía de nada. Y como no tenían boca, las almas nos lo decían con la voz del viento.

Dejábamos los sacos en medio de la plaza y enseguida empezaba la tarea de mezclar el polvo con el agua y de pintarlo todo de color de rosa, que era el color de todas las casas menos de una: la del señor que vivía arriba de la montaña partida, que era una montaña pequeña y caía como un precipicio sobre el pueblo y lo amenazaba y lo protegía. Y el precipicio, con la casa del señor arriba, estaba cubierto de hiedra que en otoño se encendía para morir.